

Enrique Rentería
EN LOS OJOS DE
LOS GATOS



Lolita es la tía favorita de Félix y Artemisa. Independiente, melómana y rebelde, representa una gran influencia para los adolescentes, hasta que un día ellos descubren su cuerpo desnudo, colgado y con las venas de las muñecas abiertas. Para entonces las ideas y memorias de la tía ya han hecho mella en Artemisa, quien por azar participa en la manifestación estudiantil de 1968 y es apresada por el ejército. La influencia de Lolita seguirá, a la postre, en las otras dos mujeres cuyos avatares narra esta historia: Casandra, la hija que Artemisa tiene a los diecisiete años y quien, fiel al espíritu de su madre, también se embaraza muy joven; y Eurídice, la nieta, uno de los bebés sobrevivientes del sismo de 1985, quien emprenderá, con la misma fortaleza que caracteriza a las mujeres de su familia, un doloroso viaje para conocer a su padre. Y ahí, como cómplice y protector, seguirá Félix, hermano y tío de esas mujeres. Ésta es la entrañable saga de tres generaciones de mujeres unidas por el deseo de libertad.

Índice de contenido

Cubierta

En los ojos de los gatos

1

2

3

4

5

6

7

8

9. Eurídice

10. Casandra

11. Artemisa

Sobre el autor

Vuela otra para ti, Leonardo;
y por ser el más pequeño
también para ti,
Francisco Eduardo.

A don Paco,
soñador en jazz.

—Los tigres no se comen —replicó Guela, la bella bruja desnuda.

—¿Usted cree? —dijo el gato y entornando los ojos de gusto, contó cómo durante diecinueve días erró por un desierto y lo único que comía era carne de tigre. Todos escucharon con atención la interesante aventura y cuando el gato Popota terminó exclamaron a coro:

—¡Mentira!

Mijaíl Bulgakov

El sueño es un producto anímico por completo antisocial.

No tiene nada que comunicar a nadie. Nacido en lo último, como transacción entre fuerzas psíquicas que luchan en el sujeto, permanece incomprensible para él mismo y carece de todo interés para los demás. No sólo no necesita aspirar a ser comprendido, sino que tiene que evitar llegar a serlo, pues entonces quedaría destruido. Los sueños sólo pueden subsistir encubiertos por su disfraz.

Sigmund Freud

Su nombre no le gustaba, encadenada desde su bautizo a él. ¿Por qué sus padres, influenciados por el abuelo, la nombraron Artemisa? Esa pregunta le crecía como los pechos. Lo invertía, lo partía, lo volteaba. Asimetría. Artemia. Artista. Arista. Arte y misa. Risa meta. Aparte de cuidar no mancharse la falda al menstruar, su nombre era su principal preocupación adolescente. «Así me trata. Trama seis», escribía en su cuaderno. Cuando logró entrar a la preparatoria número uno, Gabino Barreda, entre decenas de estudiantes, al llegar a clases, iniciadas en junio, éstos le parecían fanáticos del clásico Poli-UNAM sin partido de por medio. Ahí copió de largos pizarrones el horario matutino, sin tanto entusiasmo, pues llevaría doce materias. Empezó a sufrir once, con el falso pendiente de no tener profesor de literatura. Su grupo, conformado por una treintena de adolescentes, en su mayor parte jovencitas, obtuvo el obligado paseo de iniciación por patios rodeados de arcadas y murales de Orozco. Estaban en el plantel más importante de la Escuela Nacional Preparatoria, lo que había sido el Colegio de San Ildefonso. Lo más interesante para Artemisa: la visita al conservado salón Generalito, con sus altas sillas labradas y alfombras rojas, guiados por el profesor Donat, estudiante de arquitectura, quien pagaba sus estudios dando clases de historia. Luego de explicarles rituales coloniales y que ahí se reunían obispos, cardenales y frailes para condenar herejes, Donat levantó una trampilla, al fondo del salón. Un metro cuadrado de oscuridad. Descendieron con linter-

nas por la pequeña escalera marina a las catacumbas, cuya exploración se cortaba en cierta zona, debido a una inundación de pestilente agua oscura. Durante la Colonia esas catacumbas se prolongaban hasta la Antigua Escuela de Medicina, antes Palacio de la Inquisición. Los arcos, cuya baja curvatura obligaba a Donat y sus alumnos al avance inclinado, el olor a humedad y encierro de lo viejo, fascinaron a Artemisa. Su rostro era cruzado por telarañas de seda que despegaba con repugnancia gozosa. Donat continuó: interrogados sin tortura, los herejes eran conducidos por esos recintos hacia los calabozos. Luego salían en otro palacio para ser torturados. Así los obligaban a admitir y detallar cómo los demonios se apoderaban de sus cuerpos. Llegaron, cien metros más adelante en el túnel principal, a la desviación cancelada por un grosero muro de tabique con el sello de la Compañía de Luz y Fuerza. Aún sobrevivía la inscripción en latín, incompleta, tallada en el cenit del arco: *Sub forma viri... mulieris... mortem...* Ahí se llevaba a las mujeres de cuerpo bellísimo, acusadas de ser un demonio, un súcubo lascivo de apariencia femenina. Curiosa, Artemisa le preguntó si les hacían algo diferente a ésas. Él respondió que tortura sin derecho a salvarse por confesión; y que se les aplicaba sobre sus rostros seductores la Máscara de Bélial, demoniaca representación fundida en hierro con clavos en su interior, para destruir súcubos al primer golpe de mazo. Exceso mantenido nada más medio siglo, ya que a finales del XVII, aseguró Donat, se les mataba por ahorcamiento común, al igual que a sus gatos, ya que podían pasar sus almas pecadoras a esos animales.

—Menos mal —suspiró Artemisa, provocando más las risas de sus compañeras que de los hombres.

Otro día, cuando sus compañeros varones habían desaparecido de clase en clase para irse al billar de Dimas, situado frente al colegio; y las compañeras se habían marchado para contemplarse en los espejos del baño o beber café en su salón. Artemisa indagó con la profesora de Eti-

mologías Grecolatinas acerca de su nombre. Feliz por la curiosidad adolescente aplicada a su odiada materia, la profesora, tras enormes lentes blancos de plástico, le habló de la hermana gemela de Apolo —Diana, le pusieron los griegos, Artemisa los romanos—, la diosa de los pies ligeros, quien convirtiera a Orión en constelación al arrojarle un escorpión azul por atreverse a retarla a lanzar el disco. Apenas nacida, en aquel océano de sangre y placenta del cual acababa de surgir, Artemisa ayudó a su madre, Leto, en el parto de su hermano gemelo. Tan cruel visión del lado siniestro del nacer, le quitó para siempre el deseo de ser madre. Su padre Zeus, le otorgó hijas simbólicas, un séquito de ninfas, sesenta oceánidas y veinte asias. Su castidad se convirtió en la luna de fría luz y es la esencia de la Diosa Blanca, modelo de valquirias, amazonas o desnudas hechiceras corriendo como lobas en noches medievales. Es Morgana la hermana incestuosa del rey Arturo y su cinturón de invisibilidad, modelo del de castidad. Es Circe, maga poderosa, capaz de convertir a hombres en cerdos.

Esa plática, en el pasillo de arcos y barandal de hierro, bautizado por el alumnado Zona Rosa, barrio de vanguardia, dentro del antiguo San Ildefonso, la confortó por llamarse así: Artemisa. La odiosa clase de Etimologías se convirtió en su favorita; le descubría los tentáculos de las significaciones: Mnemósine, fuente donde flotan partículas de vidas ya consumadas. Madre de las nueve musas, una titán más vieja que el tiempo, significó «memoria». Memoria pura, lista para reencarnar. En su manantial se bañan las almas después de cruzar el Leteo, río del olvido y regazo donde vuelve todo a la vida. Y ese semestre, para no olvidarse, Artemisa se juró que si tuviera hijas las llamaría también con algún nombre sustancial de diosa, semidiosa, ninfa o musa. Le gustaban Casandra, la adivinadora, o Eurídice, quien descendió al Hades infernal.

Aceptó su nombre de diosa.

Entonces llegó el nuevo maestro de Literatura, aunque nadie supo quién había sido el anterior. Se los presentaron. Ninguna alumna habló, contemplaban como foto o estatua su cabello negro a lo *beatnik*, la sonrisa indeleble, casi irónica. Su mirada traspasó a Artemisa. Cuando ella le platicó a su hermano Félix del maestro ya estaba enamorada de él. Era un poeta incomprendido, cual debían ser todos los poetas, según le contó a ella y a sus amigas cuando les invitó a las fiestas en el Kiko's de avenida Hidalgo, donde se multiplicaban las librerías de viejo. Mientras el incrédulo Félix escuchaba a su hermana soltar nombres —Kerouak, Burroughs— que había apuntado en su cuaderno junto con el teléfono del profesor, sonreía tratando de entender el Binomio de Newton en sus propios apuntes. Estaban en casa, sentados a la mesa del comedor y la luz del ocaso se reflejaba en la vitrina de madera blanca, distorsionada desde el cristal cortado, herencia de Carmelita Guerrero, la bisabuela, descendiente directa del héroe Vicente Guerrero, según decía el abuelo, culpable genética de los ojos casi verdes de Artemisa y azulosos de su hermano. Ese guapo maestro les había encargado leer *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, pero a ella no le importaba. Sin poderse concentrar en la edición de Porrúa, con torturantes dobles columnas, Artemisa se veía desbordada por las tesis del poeta: quería tomar de la calle sus recodos sorprendentes y buscaba «mantener el equívoco». Lo citaba: «Unos poetas devoran espacio y otros, tiempo; los espaciales hacen poemas pájaros y los temporales hacen poemas gatos». Ejemplo del primero es Whitman, del segundo tipo es el más gatuno: Poe, cuyos poemas se trepan a rasguños, aunque los habite un cuervo. ¿Le parecía a Félix si debía ver al maestro fuera del aula?

¡Nunca jamás! Se burló su hermano.

En contra del programa oficial, el maestro los hizo leer *La bruja*, de Michelet (a Félix le sonaba a nombre de calle). Para Michelet las mujeres son algo muy diferente de los

hombres: piensan hablan y actúan de otra manera; tienen otros gustos; su sangre se precipita como tormenta; respiran con las cuatro costillas superiores, de ahí su seno ondulante; y su pelvis es mar de variables emocionales. Los peces e insectos permanecen mudos, el ave canta. El hombre tiene un lenguaje distinto, la palabra clara y luminosa; pero la mujer, con algo de gato, posee un lenguaje enteramente mágico: el silencio.

También le contó del profesor a la tía Lolita: casi un prodigio, fusionaba la aburrida preparatoria con la magia de fugas a otros planetas. Al escuchar a su sobrina hablar con tanto entusiasmo del profesor surrealista trasnochado, licuado con existencialismo, olvidadas las etimologías, Lolita le recomendó la píldora anticonceptiva. Nunca se la venderían a su sobrina, pero ella tenía de sobra en un cartoncito plateado con flechas y guía.

—¡Yo no quiero acostarme con el profe! —se escandalizó la adolescente.

—Tú no, pero él sí —la tía era capaz de fundir lo infinito con lo práctico.

Los deseos son contagiosos, le aseguró, y las hormonas implacables. Así Artemisa descubrió un camino nuevo para su sangre, fluía desde su pubis hasta extraviarse en la mirada del profesor. No pasó mucho tiempo para que se cruzaran sus caminos en la calle de Moneda. Ella iba a la Academia de San Carlos para alguna tarea y el profesor, en su pequeño coche, rumbo a Ciudad Universitaria. Súcubo con libros, dispuesta al conjuro del joven atraído por las llamas del deseo.

Venció su temor a desnudarse casi al azar desde el primer encuentro. Artemisa fue una pequeña Afrodita en el viaje a la cama del motel: ligereza desnuda de diosa nacida gracias a la divina espuma seminal de Cronos castrado. Cuando muere el tiempo surge el amor. Lo suspende y el instante crece.

Igual que el velo del himen desaparece, la castidad perdida se transforma en viento. La necesidad de salir de uno mismo es el amor. Y no nada más le alzó la minifalda, también desnudó al bosque bajo la móvil arquitectura de las nubes. El profesor le enseñó todos los lugares del mundo en una breve cama.

Desterrada la prohibición le contó la aventura a su tía amiga, quien comprobó su cualidad profética. Su hermano Félix lo adivinó luego del segundo encuentro clandestino. Iba a recogerla al Museo de la Ciudad de México, lo encontró cerrado por ser día feriado. Artemisa llegó corriendo e, implorante, lo miró sentado en el escalón ante la puerta. Su hermano la abrazó por los hombros y caminaron al coche Lincoln, estacionado en la calle de San Jerónimo. Si quería podían platicar del asunto, estaban en la Era de Acuario y la virginidad de las mexicanas estaba bien cuidada por Fernando Soler en la pantalla del cine Mariscal. Se rieron todo el camino de regreso por la bobada de su hermano. Experimentó el celoso sonido fantasmal de risas de otras alumnas, miradas no dedicadas a ella, quien codiciosa quería ser Circe y convertir a sus compañeras en cerdas. El profesor se negaba a verla todos los días, a todas horas, porque la vida tenía encanto nada más y ése era el juego. Artemisa se iba de reven con su juvenil tía y su hermano.

Toda su piel se ofrecía relampagueante al bailar en mini y con oscilaciones en el café cantante 2 + 2 de la Zona Rosa, sobre una plataforma redonda. Lanzaba luz negra desde abajo a sus muslos al ritmo de la pesada *You really got me*, de los Kinks.

Una avalancha de admiradores la rodeaba. Aunque para ella, bailar con cara de esfinge, cubierto su rostro por serpientes de cabello, con los brazos estirados en dos perfectas V, símbolo del amor y la paz, era un escape para olvidar a ese profesor de risa grave, su señor de la madrugada. Así llamaban los egipcios a su dios gato, según su libro de historia. Indulgente, Félix revisaba las runas trazadas en la me-

sa marmórea, bebía malteada de fresa hasta marearse, apostaba porque el profesor tenía mínimo un hijo con una señora de su propia edad. La tía Lolita probaba su bebida, una media de seda. Acudió a ella porque, entre las barreras infinitas del amor, estaba la gran diferencia de años y el profesor no quería arriesgarse a ser señalado en todos lados y escuchar si su «hijita» estaba a gusto. Cuando Artemisa se sentó, las miradas admonitorias eran descifrables. Lolita le preguntó el signo del profe: nacido el 6 de agosto del cuarenta y cinco... era Leo, con algo del fuego radiactivo de Hiroshima en la sangre. Fuerza noble, corazón del zodiaco. Entonces la tía se sorprendió, limpió con su lengua el labio inferior de vodka rosa.

—¡Tiene veintitrés años, yo tengo dos más! ¿No me habían dicho que era un viejito? —En el sendero generacional la quinceañera abría enormes ojos de afirmación y asentía: era un viejito. La tía sonrió—: ¡Gracias!

En el sonido entró *Summer in the city*, de Lovin' spoonful, y Lolita, Artemisa y Félix brincaron para bailarla sobre la plataforma de círculos luminosos y psicodélicos:

Cool cat looking for a kitty
gonna look in every corner on the city

La noche era otro mundo, diferente... Entre las chicas a gogó elevadas por la luz, giraba Alma Muriel, actrícita de quien se murmuraba que iba a desnudarse en la nueva obra de Jorodowsky y por la cual Félix estaba dispuesto a iniciar la peregrinación a Huautla, lugar ya visitado por Lolita al que, aseguraba, iban a descubrir una década después los turistas de la mente. Félix logró acercarse a Alma, bailarina de ojos cerrados, quien escuchó susurrar su nombre y respondió al intruso de su ritmo corporal «¡Lárgate niño!», aunque casi tenía su edad.

¿Su profesor casado?, se preguntó Artemisa. ¿Querría él esa servidumbre en la Era de Acuario? Sin negar todas las posibilidades, Artemisa ejercía su libido en secreto y libertad, su brevedad cual señuelo del infinito. Si lo atrapaba duraría para siempre.

Salían del 2 + 2 al frío de la calle Londres antes de la medianoche o la combi de la tía se convertiría en calabaza. Les señalaba el Denny's de la esquina con Amberes y les daba instrucciones. Al abuelo le dirían que cenaron ahí luego de ver *2001: odisea del espacio* en el cine Latino, y que se les había hecho tarde. Amenazaba con ir a dejarlos a la casa de Río Lerma. Luego de rogarle, regresaba con ellos a la discoteca o a veces al *A Plein Soleil*, donde se tocaba jazz. Se aparecía por ahí Chilo Morán con su trompeta, Calatayud ante el piano, llegaban al *jam session* y reinventaban *Fatback*. Les encantaba escucharlos en el forito donde de haber un instrumento más ya sería manifestación.

Un día, al subirse al pequeño coche Fiat del profesor, como tenía una sola puerta al frente y se desplegaba con todo y el volante para abordarlo, encontró algo que el profesor ocultaba: panfletos mimeografiados contra el gobierno de Díaz Ordaz. La identidad generacional pareció romperse, pues le dijo a Artemisa que ciertas cosas no las entendería, tras lo cual los metió debajo del asiento. El silencio fue evidente. La revelación no tardó en llegar a Lolita. Les relacionó todo con el incidente del mes pasado en la vocacional cinco, suceso que provocó la agitación estudiantil. El Comité de Lucha elaboraba un pliego de peticiones. Habría huelga en varias universidades del país. En su facultad, bullía la protesta, se cuestionaba cada palabra. El fuego original de Prometeo.

La transición de la ignorancia política a la sapiencia en palabras no bastaba. Lolita llevó a sus sobrinos a un mitin en la Ciudadela, donde los más aguerridos del Politécnico querían manifestarse, por lo que enfilaron al Hemiciclo a Juárez. Entre gritos de «¡Libertad presos políticos!» y

«¡Adopte un gorila!» la marcha fue interceptada por granaderos. Con la juvenil multitud, Lolita, Artemisa y Félix huían alrededor de la Alameda Central donde se encontraron con otro contingente de cascos y macanas. Una oleada azul azotaba pantalones acampanados y minifaldas, cuellos de tortuga y tímidas patillas en melenas que apenas cubrían media oreja. Entre asustados y divertidos por tanta agitación, se refugiaron del alboroto callejero en la Hostería del Bohemio, donde Lolita conocía al Meño, el mesero oriental. Ella iba ahí desde que estudiaba en el Colegio Madox. Mientras les servía té de jazmín, Meño, provocado por ella, les contó a los sobrinos de la década anterior, cuando un joven estudiante de Medicina, quien apenas tenía para café y un churro cubierto de azúcar, jugaba ajedrez con él. Era el Che Guevara. Por si no lo sabían, remarcaba Meño, el verdadero creador de la revolución cubana, asesinado el año anterior en Bolivia donde había continuado su lucha de guerrillero. Artemisa, deslumbrada y excitada por los acontecimientos, escuchaba todo como si se tratara de revelaciones.

Con la tía Lolita los hermanos conocieron la droga. Ella tenía un pequeño departamento en la calle de Tokio, detrás de un hospital del Seguro Social. Se la pasaba escuchando reyes del *free jazz*. Su ídolo era Roland Kirk, soplando las notas con su voz al mismo tiempo que tocaba la flauta: *You did it, you did it*. La tía sabía tocar el piano, instrumento al que ya no tenía acceso, congelado en la casa de Río Lerma. Pero tocaba su flauta transversal y trataba de imitar a Sonny. Improvisar es trance espiritual, les decía cuando Artemisa y Félix la visitaban. Lolita tenía una pareja de gatos siameses. El macho se llamaba *Gagarin*, por el cosmonauta ruso, y la hembra *Layka*, como la perrita supuestamente traída con vida de vuelta a nuestro planeta, según los rusos. Aunque Lolita sospechaba que la habían sacrificado, por lo cual su cadáver giraría alrededor de la tierra en su Sputnik hasta el fin de los tiempos o se convertiría en cometa al ro-

zar la atmósfera. Forjó un toque y lo encendió. El deleite no mancillaba, les cito a Blake: «Si las puertas de la percepción fueran limpiadas todo se aparecería al hombre tal como es, infinito». Le gustaba mucho el cine. Su película favorita era *La rabbia* de Pasolini. Decidió, luego de pachequear a sus sobrinos, llevarlos a ver *Fando y Lis*. La exhibían de estreno en el cine Regis. El boletero, nervioso y flaco, se negó a dejarla pasar con dos adolescentes, la película era para adultos y provocó tumultos y peleas en su estreno. La tía Lola se aferró a los preceptos de la libertad, la tolerancia y amenazó con darle tal madrazo en el hocico al boletero que éste optó por dejar pasar a Artemisa y a Félix. Compraron en la dulcería palomitas con mantequilla, un paquete de Salvavidas y su refresco en un vaso con hielo *frappé*. Ellos mismos lo tomaron del contenedor, mareados aún, tras descubrir esa tarde que las fronteras no existen en la mente.

Un tranvía amarillo, con sus dos antenas larguísimas pegadas a los cables paralelos donde viaja la ilusión, avanzaba por la avenida Reforma. A la gente le da vergüenza decir si es feliz, les decía Lolita ante el Ángel de la Independencia bañado por lluvia y atardecer, sentada en la escalinata con un sobrino a cada lado. Se puede ser feliz o infeliz al sobrevivir, es mejor optar por ser feliz. A su edad, la tía Lola era candidata a fósil en la Facultad de Psicología. Fanática de Lacan, a quien, según ella, tardarían al menos una década en descubrir sus maestros. La ciudad, les aseguraba, era un laberinto y no de la soledad, sino donde los caminos cerrados terminaban en una puerta a la que se le podía romper el candado. Un torbellino donde no se puede anudar nada, ni las vidas ni las muertes, y donde el destino es suicidio. El cuerpo es una máquina, se autodestruye en movimiento. A través del espejo se ve una mirada, nos observa, somos nosotros. Trocitos de identidad desde Alicia o el gato de Cheshire, dos locos deliciosos.

«Las fronteras no existen en la mente», talló al día siguiente Artemisa en su pupitre con su compás, mientras el